

Tres peregrinos de un mismo combate espiritual

*Eduardo Valdés, sj**

Exordio

En una celebración litúrgica, la animación utilizó la simbología del calendario maya. Ver los cuatro soles representando los puntos cardinales simbolizados por velas de colores hablaba de esa fuerza constitutiva de la vida. En el momento de poner el quinto sol que hablaba de un punto cardinal llamado “arriba”, nos preguntamos por los puntos cardinales de la vida religiosa y qué sería ese sol que es quinto, pero unifica todo. Queremos proponerles a nuestros lectores un caminar místico donde terminamos con ese “arriba” que teje la armonía de nuestra vocación religiosa.

Al inicio tuvimos tres rostros femeninos que daban un cariz especial a la ternura. Santa Catalina de Siena, una mujer analfabeta que hace un camino desde “la celda interior del adentramiento en Dios y de su propio conocimiento”. Hasta convertirse en consejera de Papas y grandes personalidades curiales porque “muero y no puedo morir, mi corazón se rompe y no puede romperse, por el deseo de renovación de la Iglesia”. Hoy doctora de la Iglesia junto con Teresa de Ávila.

Esa Teresa que vive una mediocridad de vida religiosa hasta que es llevada a una respuesta profunda ante tanta gracia recibida. Empieza un caminar donde la fundación de monasterios van de la mano con sus escritos. Sólo Dios basta en este camino aunque se va poblando de moradas en ese castillo donde los seres humanos encuentran esa fuerza

* Jesuita. Pertenece al Consejo de Redacción de Diakonia.

de “vivo sin vivir en mí y tanta vida espero que muero porque no muero”. Y así regalar ese camino de perfección que atraviesa el punto de honor (el pundonor) humano que no permite la entrada de Dios ni del prójimo. Ese prójimo pequeño e insignificante que sabe ver Teresa de Lisieux.

Teresita que aparece pidiendo por ese reo para que se confiese antes de ser ejecutado. Desde su pequeña celda y con su tuberculosis lleva una vida con profundo humor. No en balde se le adjudica aquella frase de que ella no hacía penitencia porque tenía de superiora a su propia hermana carnal. Hermana que le trafica el diario espiritual para no quedar tan mal, pero que no impide que florezca esa fe llena de humor y candidez que todo lo perfuma.

Todas ellas místicas y, a su modo y manera, reformadoras de la vida religiosa, es decir, es hacer dar del carisma lo mejor de sí en el servicio. Todas ellas trabajadoras de la palabra para hacerla consejo, denuncia, poesía o diario espiritual. Todas ellas en la gran tradición espiritual de la Iglesia: un gran amor a Dios y al Pueblo de Dios. Catalina precedió la fundación de la Compañía de Jesús, Teresa fue contemporánea (conversó con Francisco de Borja y otros jesuitas) y la pequeña Teresa comparte con San Francisco Javier el ser patronos de las misiones. Estamos aún en deuda con ellas.

Historias contadas

Hoy, ante las múltiples manifestaciones sobre el jubileo de San Ignacio, San Francisco Javier y del Beato Fabro, la pregunta se vuelve más cercana y palpitante. Cada uno de ellos muestra esa gracia cuatriforme de la vida consagrada. Historias, talentos, temperamentos y pasiones diversas. Cada uno queriendo tener nombre sea por las armas, las letras o los títulos. Todos ellos universitarios en un siglo que era cambio de época y cercanos a fundaciones de nuevas congregaciones y reformadores. Cada uno de ellos con un deseo ardiente de servir a Dios y a las “ánimas”. Con sus combates espirituales propios para ganar intimidad con Dios, con el mundo, y en especial, con la sociedad.

Entre las diversas descripciones de estos santos se busca el aporte característico de cada uno en medio de un cuerpo llamado

Compañía de Jesús, es decir, amigos en el Señor bajo una obediencia articulante del gran amor que procede de ser puestos con el Hijo. Así nos dicen que tenemos la "genialidad" en forma de tríptico de una orden religiosa: la organizativa de Ignacio, la universal de Javier y del acompañamiento de Fabro. Pero todos ellos van más allá de la genialidad o dotes especiales, son apóstoles, es decir, caminan humildemente con su Dios, amando la justicia y practicando la equidad. Sus respectivos peregrinajes interiores y en el mundo muestran esa hospitalidad generosa del Espíritu y ese dejarse llevar por el Padre para que las intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza a la manera de Jesús. Es animante recorrer la peregrinación que cada uno hace y ese punto de consuelo y servicio que termina y nace en la mayor gloria de Dios. Hoy esa mayor gloria de Dios es que los pobres sigan haciendo crecer la riqueza de la fe y dejando todo por la perla de la justicia.

Los tres juntos, con el resto de los primeros compañeros, descubren la fuerza de la fe que los lleva a unirse para formar un nuevo cuerpo religioso. Ese estar juntos para servir se enfrenta a la dispersión, es decir, a cómo durar en esa amistad y cómo hacerla servicio a la Iglesia. Las deliberaciones que terminan en una nueva orden religiosa se enfrentan entonces a cómo transmitir esa experiencia fundante y fundadora que los había convocado para la misión. Quisiéramos esbozar esa vida religiosa que encuentra sus puntos cardinales junto con la gracia del sol de "arriba" que todo lo armoniza.

Cada peregrino acompaña y nutre al resto del grupo, hay una mutualidad que se da entre ellos o vasos comunicantes. Recordemos cómo Javier llevaba en su relicario la firma de los primeros compañeros. Fabro en su Memorial nos muestra el eco de su combate espiritual donde el rostro de Ignacio no aparece pero su escrito, que habla de lo secreto de su corazón, está empapado de sus amigos en el Señor. Ignacio habla de Fabro como la persona que mejor da los ejercicios espirituales. De Francisco, que tanto le costó, lo quería a su lado y lo manda a buscar, aunque Dios lo recogió primero. Y el mismo Ignacio recibe la gracia de sentir que ese grupo de amigos ha sido recibido bajo la bandera de Cristo. Después recibe la gracia de sentir que la Compañía sufrirá persecución, una manera de mantener el espíritu en el tiempo.

Ignacio, Javier y Fabro escriben mal, pero son tres poetas del Espíritu, conocen en profundidad el lenguaje interior lleno de resonancias históricas. De diverso modo, cada uno, sin ruido ni espectacularidades, se pueblan y construyen los amigos.

La fe, ese fuego que todo lo acrisola

La fe todo lo sustenta y se convierte en camino a recorrer. Es el río que nace en cuatro vertientes para todo unificarlo y hacerlo compromiso apostólico en la vida religiosa. Surge en la montaña donde se planta el jardín de la alianza plena y definitiva con Dios. La fe confirma cuatro caminos de encuentro con Dios y con el mundo. Al mismo tiempo, se vuelve armonía y unifica todos los caminos en el amor. Es aprender a caminar para adentrarse en el propio corazón y encontrar el rostro de Dios. Al mismo tiempo que se hace caminar hacia el corazón del mundo, de la sociedad y volver a encontrar al mismo Dios.

1. Vida de oración: aprender y ser conducido a dialogar con Dios. Es ser puesto con la cruz de Jesús para llenarse de amor.
2. Vida de comunidad: en el camino hacia el servicio me encuentro con un regalo de Dios: mis personas amigas en el Señor.
3. Vida de conocimiento: el camino es una invitación a saber y gustar a Dios y al mundo. Camino que unifica la inteligencia y la vida.
4. Vida de pastoral: acompañar humildemente a las personas para llevarlas al Padre a la manera de Jesús y bajo la conducción del Espíritu Santo. "Arriba".- Vida del afecto: la vida del corazón. Es camino para tener pureza en el amor. Tener un amor puro y un puro amor.

La Trinidad se hará presente en todos estos caminos de vida. Todos ellos pueden ser englobados bajo la vida apostólica. La misión reúne esta diversidad en el proyecto del Padre, su reino. Esta misión, así acogida y llevada a cabo me regala mi identidad, me da la marca, me constituye en lo que soy y hago: es mi vocación. Pero no todo camino es válido, no todo recorrido se puede hacer, no toda senda lleva al Padre y es manifestación del reino; hay que ganar la manera de Jesús, es decir, evangelizarse. Para hacer vida el evangelio, me toca hacerme discípulo de Jesús para que todo mi pensar y actuar sea acorde y asumido por la manera de proceder de Jesús.

El corazón de la fe es fiarse del amor de Dios, es escuchar la voz de Jesucristo, es dejarse conducir hacia la libertad del Espíritu. La fe es el pórtico de todo camino, de toda entrega, de toda misión. Dios hizo primero ese camino, desde su fe en nosotros nos trae a la vida, nos regala a su Hijo y nos envuelve con su Espíritu. La fe es encuentro.

1. Vida de oración: llenarse de amor por Dios, por Jesús, por el Espíritu

La fe es diálogo. La oración es aprender a dialogar con Dios desde el amor para hacerlo crecer y que marque toda mi vida. En ese sentido, conviene saborear todo el movimiento que Dios ha tenido hacia mí, lo podemos llamar gracia. Las gracias que he recibido. También puede ser formulado en mi caminar histórico y entonces serán nombradas, los bienes recibidos. Otra manera es formularlo como el Dios vivenciado en mi vida concreta.

Entre los frutos de la oración tenemos que ella instaure una familiaridad con Dios. Ese Dios cercano que mueve mi vida, me es familiar en todas las cosas y en mí mismo. Otro fruto es que ya no puedo mirar el mundo, la historia, la sociedad sin encontrar allí a Dios ni tampoco puedo relacionarme con Dios dejando de lado ese mundo, esa historia y esa sociedad. Ese encuentro con Dios estructura mi vida espiritual. Llamo vida espiritual a ese modo de mantenerme en diálogo con Dios o si se quiere, caminar humildemente de esa manera con Dios en todas las cosas. Finalmente, este diálogo me permite acceder al discernimiento de espíritus.

Es sentir y gustar a ese Dios que hace un camino “de Ti a mí”. De su persona a la mía. Me pide que haga el camino “de mí a Ti”. Mi respuesta. Para que en el mañana de ese diálogo, “los dos juntos”, es decir, “proponer enmienda con su gracia” (EE 43). Para que este diálogo pueda ayudar al misterio evangélico del nacimiento de Jesús. La encarnación y el nacimiento es cómo Dios se hace uno con los seres humanos, pone su tienda entre nosotros, asume nuestra carne. La epifanía es dejarme guiar por la estrella para llegar al encuentro donde me están dando la cita. La oración me hace un “rey mago” que sale a buscar y encontrar a ese Dios. El resto del evangelio es tratar de vivir siempre junto con ese Dios que me regala su reino y me hace discípulo de su Hijo con la fuerza del Espíritu.

Nos pueden ayudar estos textos bíblicos para orar. Me pueden facilitar los referentes a la creación: “vio Dios que era muy bueno” (Gén 1, 31). A la liberación, especialmente el éxodo: Dios al regalarme esa libertad profunda me permite alabarle, “deja salir a mi pueblo para que me de culto” (Éx. 5, 1). Los referentes a la salvación: el misterio de Jesús (evangelios). Especialmente la cruz donde queda vencido el pecado y su salario, la muerte. Así la resurrección es camino de alegría y paz. Los acoplamientos a la bendición, la Iglesia: el misterio del Espíritu Santo. El nuevo pueblo de Dios que camina hacia la patria definitiva con una sola lengua (la del amor), con un solo corazón (el de Jesús) y hacia la ciudad santa (la de la unidad). Todo ello lo hacemos juntos con otras personas, la nube de testigos que me acompaña.

Para nuestro combate espiritual podemos transformar cada párrafo en varias preguntas. Por ejemplo, ¿dialogo con Dios? ¿Es para mí la oración un momento de encuentro con Dios que me hace crecer en el amor? ¿Cuál es mi familiaridad con Dios? ¿Habitualmente sigo construyendo mi vida espiritual, nutriéndola en la oración? ¿Le hablo a Dios del mundo y al mundo de Dios? ¿He descubierto que soy una persona muy buena, es decir, digna de ser amada? ¿Cuáles son mis dificultades para esa conversación amorosa con Dios?

2. Vida de comunidad: construir y ser parte de la comunión de los santos

La fe es reciprocidad. La vida comunitaria de la vida religiosa es gustar la invitación de Dios para que sea realidad la comunión de los santos. Quiero servir a las personas pero descubro que Dios me hace caminar con otras personas que han sido escogidas por Él para mí a fin de que tengamos un mismo sentir. Al mismo tiempo, mi relación con el cuerpo de la Congregación a la cual pertenezco me hace descubrir que Dios se media a través mío, pero en ese cuerpo congregacional. Para finalmente descubrirme que hago parte del Cuerpo Místico de Cristo, su Iglesia. Mi camino es ir de una unidad de personas a la cual pertenezco a otra unidad más grande para finalmente llegar a ser parte del nuevo pueblo de Dios.

La misión, mi vocación y mi discipulado cuajan con otros para transformarse siempre en servicio y gloria de Dios. Siempre

acompañado hago todo el camino de la vida religiosa que tiene su fundamento en la vida cristiana. La misión se vuelve camino para que me encuentre con otras personas que tienen la mirada que tengo, es además, ayudar a toda persona que encuentro a que logre mirar de esa manera a Dios y su proyecto. En la vida religiosa es sentir el llamado al matiz carismático que se da en la Congregación a la cual pertenezco. Lo mismo sucede con mi vocación, descubro el sí de Dios hacia mí que me da la libertad necesaria para que pueda darle mi sí. Inmediatamente que los dos sí, se hacen uno, Dios me indica un tercer sí, el cuerpo al cual perteneceré para darle cauce a ese encuentro fundante de mi vida. La congregación se vuelve mi lugar, mi hogar, mi historia y mi recorrido para el despliegue de mi respuesta a Dios y el haber sido elegido por Él para su servicio, pero en este carisma preciso.

El texto bíblico fundamental es el nuevo mandamiento de Jesús: ámense los unos a los otros como yo los he amado (Jn. 15, 17). Podemos decir que este mandamiento se va construyendo por ondas que se implican mutuamente. Para amar a los otros de mi misión, Dios también me hace amar pedagógicamente a los con otros de mi vida religiosa y termino amándome a mí mismo de la misma manera que Dios lo hace. La mediación de la comunidad me permite tener una mutualidad que me lleva al amor de todos los seres humanos. Aprendiendo a amar a todos en Dios, cuido y protejo a las personas que Dios me ha regalado en la Congregación.

Para el combate espiritual. ¿Cómo estoy construyendo la amistad en el Señor con mi comunidad? ¿Tengo cómplices o amigos en el Señor? ¿Cómo cuido, construyo y hago crecer a mi comunidad? ¿He defendido, apoyado, animado... la vocación de otras personas de mi congregación? ¿Qué dificultades he tenido en mis relaciones comunitarias? ¿Cuántas personas amigas en Dios tengo en la Congregación? Como siempre cada párrafo se puede volver una pregunta que me ayude.

3. Vida de conocimiento: la inteligencia se llena de vida

La fe es conocimiento, da cuenta de su caminar. La vida de estudio es pasar del saber al gustar y sentir a Dios y al mundo. Todo

camino que me lleve a profundizar en esta doble vía nos pone en el punto de unión entre la inteligencia y la vida, es decir, la sabiduría. Esta "sabiduría" es un camino de madurez del conocimiento: la palabra adquiere la carga de mi experiencia de Dios y mi experiencia de la relación con el mundo. Mi persona entera es testimonio de este modo de conocer.

Este conocimiento recorre, al menos, tres inteligencias. Es un "discurrir" de estas inteligencias. La de la cabeza que permite luz e intelección de mi encuentro con Dios, con el mundo, conmigo mismo. La del corazón que da "calor" y sentir de ese triple encuentro. La de las entrañas que gesta vida y genera una nueva experiencia de esa trilogía de encuentros. La cabeza parece moverse más desde el raciocinio y el discurso. La del corazón avanza a través de la imagen y la poesía. La de las entrañas desde el "silencio" que avizora y construye una nueva realidad que restaña la vivida. La inteligencia pasa por los libros, los estudios académicos y por la producción de sentido, pero también sabe sopesar las vivencias, los sentires, las afecciones y se instala en una nueva manera de ser. Es unir la significación y lo que es. Hace saborear y distinguir los sacramentos que Dios regala en medio de tantos signos y cosas que nos toca vivir en nuestra historia y en nuestra sociedad.

El texto bíblico que nos puede ayudar para hacer este camino es la expresión de Jesús. "Padre que ellos te conozcan como yo te conozco"(Jn. 17, 3). Sabiendo que nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien se lo quiera revelar. Al mismo tiempo, para conocer al Hijo es el Padre quien nos pone con él. El espíritu nos hace conocer y recorrer este camino para que todo él sea según Dios. De ahí que la verdad se dirija hacia la vida, pero necesita un camino, una persona que me regala la verdad, me hace plenificar la vida y me conduce adecuadamente para mantener la unidad de estos dos regalos.

Como de costumbre, cada párrafo puede ser transformado en pregunta. ¿Cómo he aprendido a mirar al mundo para que se transforme en misión? ¿Cómo he entrado en mi interior para "saber" que Dios, quien conoce lo secreto, me visitará? ¿Cuál es mi camino para que el saber se pueda gustar internamente? ¿Cómo me doy cuenta que la inteligencia se llena de amor por la fe y la fe por la inteligencia? ¿Cuál es

el sendero de la sabiduría en mí? ¿En mis estudios académicos cómo hago el enlace con la vida?

4. Vida de pastoral: acompañar humildemente a las personas

La fe es caminar en el acompañamiento de las personas para llevarlas al Padre a la manera de Jesús y guiados por la fuerza del Espíritu Santo. Es encontrarme con los rostros concretos de las personas, me dejo conmover y respondo según Dios. Es acercar a Dios, más bien, que las personas se den cuenta que la alegría de Dios es estar en medio de los hijos de los seres humanos. La gran libertad de Dios es regalarnos la vida, darnos un proyecto y tener una voluntad que hace que la tierra y el cielo sea un mismo camino de amor. Es tener pan diariamente junto con la palabra que perdona las deudas, libra del mal y no deja caer en la tentación.

Al encontrarnos con las personas a quienes servimos, queda un camino para darse cuenta del respeto y cuidado que demandan. Ayuda mucho un criterio ignaciano propuesto para preparación de los Ejercicios Espirituales. Ver en dónde está la persona. En nuestro caso, también implica a los grupos, las comunidades y diversas asociaciones con las que podemos trabajar. Una vez visto en dónde están, establecer el camino que se hará con ellas para hacerlas crecer. Todo esfuerzo por hacer crecer en la fe a las personas con las que trabajamos se traduce en obtener autoridad. Este crecimiento también tiene que ver con la esperanza y el amor. Es sentirnos responsables de las personas, pero al mismo tiempo, haciéndolas crecer en su libertad.

El servicio a la gente da sentido aquí es la vida religiosa aunque nutre la identidad de la Iglesia, pues somos todos el pueblo de Dios. Relacionarnos con las personas para ayudarlas a crecer en su fe, esperanza y caridad se vuelve un camino que muestra la verdad de nuestro servicio y hacerlo según Dios es construir adoradores en verdad y en espíritu. Es hacer pasar la palabra hacia la obra y volverla comunicación de bienes.

El texto evangélico conductor de esta vida es: "Pedro, ¿me amas más que estos?... Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas..." (Jn. 21, 15-17). Tres veces se repite la pregunta y tres veces la respuesta rompe

toda dinámica de dominio o violencia. Son los corderos y las ovejas de Jesús que están puestas a nuestro cuidado. Es evitar cualquier reivindicación mía o cualquier apropiación que rompa esta manera de amar enseñada y pedida por Jesús. Es saber discernir para repartir según Dios y en Dios los bienes que me han sido dados.

En el combate espiritual, las preguntas están ligadas a este amor primero y fundamental por Jesús que permite apacentar y asumir en crecimiento. ¿Cómo logro descubrir en dónde están las personas o grupos que están a mi alrededor? ¿Qué proyecto de Jesús les propongo que nazca de un corazón limpio? ¿Cuál es la pureza de mi intención según el evangelio? ¿Cuánto amo según Dios y a la manera de Dios a la gente y desde ahí hago mi camino de acompañamiento? ¿Cuáles son mis tentaciones de “poder” o “dominio y cómo hago para atravesarlas por el servicio? ¿En dónde se hace patente el misterio de la cruz en el acompañamiento de las personas y grupos?

“Arriba”.- Vida apostólica y vida afectiva: contemplación para alcanzar amor.

Como decíamos en la introducción a estas cuatro vidas las armonizan dos dinámicas que van de la mano. La primera es la vida apostólica, así podemos llamar a la unidad que hace posible que sea contemplativo en la acción. La acción, poner obras se vuelve camino espiritual profundo y conducente del discipulado de Jesús al cual pido y soy aceptado a pertenecer. El apostolado no es solo mi trabajo en el mundo o en la sociedad, sino también dejarme trabajar por Dios para que en todo pueda poner su impronta. Dejarme asumir de esa manera por Dios permite que mi palabra, mis intenciones, operaciones y acciones sean “palabra de Dios”. Manifiestan, hacen patente y hacen realidad todo el proyecto de Dios para los seres humanos. La vida apostólica es adentrarse en el misterio del reino de Dios.

Hemos repetido que el afecto es caja de resonancia de cualquier actuar humano. No hay nada humano que no resuene en el afecto. Aunque hay momentos que el afecto se vuelva productor de todo actuar, sentir y comprender. Las cuatro vidas propuestas son un modo pedagógico para darle una escuela al afecto. Estas cuatro vidas hacen crecer en estatura, edad y sabiduría a la vida espiritual. Este afecto

recoge lo biológico, lo psicológico, lo humano y lo espiritual. Da integración a toda la persona y permite una adultez y madurez en la vida de una persona humana, especialmente, a la consagrada.

En ese sentido, una persona consagrada es alguien profundamente “afectuoso” y “afectado” de Dios, de las demás personas y de toda la creación. Se es capaz de dar ánimo (la verdad con el puntito de sal de la misericordia) y ser tierno (la misericordia con el puntito de sal de la verdad).

Así para la vida apostólica y para el afecto se incorpora el cuerpo, la sangre y el espíritu. Nada humano queda por fuera y todo lo que hace, piensa y actúa lo vuelve humano. Entre más humano de esta manera, más divino y entre más divino, según Jesús, más humano en todas las cosas. Desde estas dos dinámicas adquieren sentido los tres votos que nos hacen pertenecer a la vida religiosa y el cuarto voto que manifiesta el matiz de nuestro carisma congregacional. Es el aire de familia con las otras vidas religiosas, pero muestro el rostro personal que estoy construyendo, mi propio carisma, nuestro carisma, el carisma de la orden o congregación.

A manera de epígrafe para la vida diaria

El sol que armoniza los cuatro puntos cardinales con sus velas de colores, nos permite hacer, un camino místico, mejor dicho, una mistagogía. La peregrinación no es solo la iniciación al misterio con todo lo que tiene de unión con lo divino, pasando por lo indecible y lo inconocible; implica también la oración del corazón (schola affectus, la escuela del corazón) que pasa de la vida purgativa, iluminativa hasta la unitiva. Es la escala santa que acoge los caminos del aliento divino que llevan a ese estado donde quedamos bañados por la luz del Espíritu.

Peregrinación que nos llevó hasta el océano sin fondo del Padre, allí los clamores del alma-esposa que gime, “si yo me pierdo, yo te encuentro”, es decir, la bienaventuranza no la falsa quietud. Es la paz que recorre la mística de la noche. No somos sólo humanistas sino también místicos. Es ir del desierto al convento para terminar haciendo del mundo el lugar de encuentro con la presencia de Dios. Se pierde la lógica y se balbucea la poesía. El cuerpo entero se hace lenguaje de las sendas recorridas.

Es ir de la oración a la visión y terminar en el reposo. De las múltiples palabras al “silencio” infinito y eterno. Es el paso de la vida devota al amor de Dios en todas las cosas. Ha habido crepúsculo de la mística donde se iba en búsqueda de la luz de Dios a la luz de la razón, del sentimiento... Donde la confusión entre la histeria y lo místico queda sin salida. La alegría de la incompreensión era tratada con grandes palabras: mística y psicoanálisis, mística y poesía. Nos quedaría una cuarta mujer acusada de bruja y quemada por sus males artes: Juana de Arco. Gracias a ellas y a ellos porque nos invitan a ser cristianos del futuro: místicos encarnados.

